

Marta Sanz: *Éramos mujeres jóvenes. Una educación sentimental de la transición española*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2016, 232 pp.

La preocupación de Marta Sanz por las cuestiones relacionadas con la sexualidad y el control de los cuerpos de las mujeres durante la transición española había quedado patente en el campo de la ficción, especialmente en la novela *Daniela Astor y la caja negra* (Anagrama, 2014), de manera que la reciente publicación del ensayo que nos ocupa en esta reseña supone un espacio más de indagación en los discursos acerca de las experiencias sentimentales de las mujeres en el posfranquismo y la democracia española. Siguiendo la estela de Carmen Martín Gaité y sus *Usos amorosos de la postguerra española* (Anagrama, 1987), la autora plantea la posibilidad de discutir los lugares comunes y los prejuicios que rodean las experiencias del cuerpo y la sentimentalidad femenina en las últimas décadas del siglo xx e inicios del siglo xxi.

En su vocación de subvertir los géneros, postura desarrollada en su ensayo *No tan incendiario* (Periférica, 2014) como marca de identidad –“los géneros están ahí para ser subvertidos, más que utilizados, en la convicción de que el mundo no está bien hecho”–, la autora propone un estilo de escritura que denomina “ensayo literario”, de carácter híbrido, en el que la recogida de datos a través de un cuestionario y la reflexión e indagación en la memoria se intercalan con artículos periodísticos, con tablas de datos estadísticos o con imágenes. El punto de partida de la escritura es el yo de la autora en diálogo con otras subjetividades, las de las mujeres que responden al cuestionario. Se trata de mujeres nacidas entre finales de la década de los cincuenta y comienzos de la de los setenta, que abren su intimidad a las preguntas de Sanz, reflexionan y plantean sus dudas en relación con los diferentes asuntos que se abordan.

Esta elección de un molde polifónico que reúne diferentes voces forma parte de un interés por construir el relato a partir de materiales recogidos mediante técnicas de la Sociología o de la Historia oral. En un interés honesto por poner de manifiesto los límites de la representación y por generar un discurso que considera el lugar de enunciación como punto que sitúa las coordenadas del sujeto emisor de los discursos, en el prólogo se señala que a la hora de seleccionar la muestra se han incluido únicamente las experiencias de mujeres “blancas, heterosexuales –en principio–, de clase media, con estudios, hijas de un catolicismo heredado que la Constitución trasmutó en un *ni chicha ni limoná* llamado ‘aconfesionalidad’”, con lo que conscientemente no se seleccionan sujetos que conforman posturas disidentes en relación con la identidad de género y la sexualidad, todo ello con la intención de hablar desde la heteronorma para cuestionar esa misma norma.

La importancia del ensayo se cifra en su intento de poner de manifiesto una serie de aspectos en los que se articula el contrapunto del discurso hegemónico de liberación sexual en la década de los ochenta y poner en cuestión el relato de la emancipación de las mujeres con el fin de la dictadura, haciendo hincapié en los modelos heredados y en el engaño de los nuevos modelos de mujer de la democracia. El eje que atraviesa las reflexiones y los relatos de todas las mujeres que responden al cuestionario, incluida la autora, es la reflexión sobre el cuerpo, tema transversal a la obra de ficción de Sanz. Así, se abordan las primeras tomas de contacto con la sexualidad, la educación sexual, los modelos normativos de cuerpos, la forma de abordar las relaciones de pareja, el sexo y la violencia que todas estas cuestiones llevan aparejadas en la sociedad patriarcal. Desde este punto de vista, el ensayo viene a descorder el velo que a menudo cubre las cuestiones relacionadas con la sexualidad femenina y a normalizar tabúes, compartir experiencias, poner en común informaciones (compartidas o no) en aras de dejar constancia de unos conocimientos de la experiencia femenina que pueden ser comunes y que configuran la subjetividad de las participantes.

Este acto de sororidad se erige desde una intención colectiva de dialogar y de reflexionar en común sobre la forma de articular la identidad femenina. Con ello, se exploran los referentes, es decir, los modelos de masculinidad y feminidad recibidos a través del cine, la literatura y la publicidad que han cumplido un papel fundamental en la construcción de las identidades —“como consecuencia de toda esta vorágine refrida, nos gustaban los hombres malos, los donjuanes, los poetas, los niños problemáticos, los huérfanos, los desapegados, los que montaban en moto, los esnifadores de pegamento y todo bicho viviente al que pudiéramos redimir”—. En este sentido, Sanz incide en el peso que tienen las canciones en la configuración de la sentimentalidad y en la ideología contenida en los discursos musicales del momento: “luego hay otras canciones, otras películas y otras historias que meten el dedo en la llaga y nos hunden cada vez más en el pozo de un erotismo femenino esclavo y vergonzante” (127).

La reflexión sobre el cuerpo se orienta hacia las transformaciones de las relaciones humanas que el capitalismo en su modalidad neoliberal ha ido perfilando: “cuando habíamos creído desprendernos de los piojillos del amor romántico, de sus lacras destructivas que nos hacían infelices, llega un modelo que transforma la devaluación del amor romántico en un negocio” (39). Este modelo de negocio conlleva la mercantilización de los cuerpos y la disponibilidad erótica como un producto más sujeto a transacciones comerciales. A ello contribuye, para la autora, el uso de las nuevas tecnologías en las dinámicas relacionales, en tanto que se colocan los cuerpos en las aplicaciones de ligar como los productos en los estantes del supermercado, todo ello encubierto por un discurso que lo plantea como una liberación de prejuicios y compromisos en las relaciones de pareja.

Sin embargo, esta apariencia de emancipación choca de frente con toda una serie de violencias materiales que siguen sufriendo las mujeres en la sociedad actual: “seguimos en la era del maltrato a las mujeres, se nos quema vivas por dejar a un hombre, se nos abre el cráneo con una pala y se nos arroja a un

hoyo" (37). La faceta material de la desigualdad y de la violencia se explora a fondo en el libro, y el trabajo supone un espacio idóneo para plantear esta problemática en tanto que la incorporación masiva de las mujeres al trabajo asalariado en la democracia propició la proliferación de una serie de discursos que ligaban su posición como asalariadas con la autorrealización como sujetos: "teníamos que 'realizarnos' en el trabajo y no solo en el amor". Desigualdades salariales, dobles y triples jornadas laborales, auto-explotación, celos familiares, reproches de los hijos, etc., son algunas de las cuestiones que salen a relucir cuando se pregunta a las entrevistadas por el tema.

La mayor visibilidad de mujeres en ámbitos profesionales y el continuo desarrollo de discursos por parte de los medios de comunicación sobre la cuestión de la desigualdad de género se plantea por parte de Sanz como un arma de doble filo. Así, si por un lado resulta necesaria la representación y visibilidad de las mujeres en el ámbito público, por otro lado, estas representaciones no siempre generan discursos emancipadores, pues la apropiación por parte del capitalismo neoliberal de los relatos del feminismo supone una vía para plantear el conflicto de género aislado de las problemáticas sociales específicas de clase o etnia. En este sentido, se critica el pensamiento positivo y los discursos triunfalistas que abogan por la liberación femenina y que ponen como ejemplo de ello a mujeres situadas en una posición de clase privilegiada que no son representativas de la complejidad de las subjetividades y de las problemáticas de las mujeres.

En definitiva, el ensayo supone un acercamiento original a la educación sentimental de las mujeres en el periodo postdictatorial en España. El entramado de voces permite la confluencia de diferentes puntos de vista y propicia el diálogo y la indagación en temas diversos que habían sido abordados por Sanz en su obra de ficción, pero ahora aparece la voz de la autora que explícitamente desarrolla los planteamientos que se podían vislumbrar en su obra. La autocrítica y la autorreflexividad constituyen una constante en la construcción del ensayo, y tienen que ver con la capacidad de la autora de cuestionarse los discursos recibidos y con la posibilidad de construir relatos desde otros ángulos.

CRISTINA SOMOLINOS MOLINA
Universidad de Alcalá
cсомolinomolina@gmail.com